

200 kilómetros por hora

Nadia Villafuerte

La nueva literatura mexicana tiene en Nadia Villafuerte (1978) a una de sus más destacadas exponentes. La autora de las colecciones de cuentos Barcos en Houston y ¿Te gusta el látex, cielo? entrega una narración circular de diabólica eficacia en la que la aventura y la violencia se entrecruzan.

“Encontraremos una planta eólica, luego una gasolinera, después un centro comercial en el cruce de las autopistas, más arriba la maquiladora, por último vendrán los gaseoductos y los contenedores”. Izra decía esto mientras manejaba, pero yo sólo veía una planicie seca. Tenía la lengua llagada de tanta sed y un deseo frenético porque apareciera el mar en el horizonte. Había sido un asaltante sagaz, Izra, pero la última vez lo abandonó la suerte y pasó tres años en la cárcel. Salió de ahí envejecido; y las reglas en las calles, que no entienden de lealtades, le permitieron entrar al barrio en un acto que dio más lástima que admiración. Lo conocí en esa época y me gustó porque a esa edad una se fija en cualquier cosa con tal de largarse. No se estilaba que una mujer decente se fuera de boca tan luego, pero se me veía el desdén por las buenas costumbres. Me fui a vivir con él, exactamente una semana después de que Izra ahorcó a su gato.

Ahorcar a su gato y prender fuego en el estante de una tienda podían considerarse actos infantiles pero no heroicos, a la altura de lo que Izra habría querido a su regreso. Cuando un estafetero, que ascendió hasta liderar la cuadra, le dio una putiza para dejar bien claro quién era quién, Izra se dio la media vuelta, caminó por la marqueta, y silbó una melodía para alejarse lo más dignamente posible. Dejé que mi forajido avanzara solo, y lo seguí cuando cruzó la esquina.

Así fue como Izra se convirtió en un simple ex convicto, a punto de cumplir los treinta y cinco años, loco

de atar pero fuera del circuito de acción, con una mujer a su lado que amenazaba con volverse un ama de casa. No fue del todo así, porque Izra seguía soñando con volver a una zona que siempre le había producido morbo en la cabeza, a visitar a un viejo amigo de su época de prisionero, y robar *El baúl*.

Nuestra vida transcurrió normal. Izra no me desilusionó, y creo que yo tampoco: por su buen pulso a la hora de amagar gente y disparar un arma, consiguió empleo en una barbería. Miraba con gracia la desaprensión con que aquellas gargantas parecían ofrecerse al tajo de las navajas, navajas que metía en una bacia de lata con agua y espuma; alguien que con un ruido metálico cortaba el aire con tijeras, viendo desde el espejo la modorra de los demás clientes tiesos y sentados en el banco, hombres que parecían dormir sin respirar. Mis horas ocurrían en un consultorio: hasta los muertos llegaban a arreglarse los dientes cariados. Volvía del trabajo al edificio, y en el trayecto pensaba que Izra era poderoso y aún grandes cosas estaban por venir.

Pasaron meses, nada de grandes acontecimientos. Yo le dije una tarde:

—Deberíamos aliarnos con el cerrajero. Planear robos una vez al mes, objetos con los cuales podamos darnos un lujo: una cámara de video perrona para filmar nuestras andadas. Hace cuánto no salimos, ¿a ti no te fastidia?

—No sea ansiosa, ladina —respondía—, uno de estos días organizaremos el viaje que nos llevará a la costa.



—¿Adónde?

—Al sur.

—¿Y cómo es?

—Entre muros calcinados y porquería en las esquinas, mi amigo vive en esa caja de fósforos que es el pueblo.

Y así descartaba el plan con el de la cerrajería, que según él prometía poco. Su desinterés malsano, su forma de adaptarse a la rutina, comenzó a frustrarme. ¿Existía algo más incómodo que esa fuerza emanando de lo que ya no se mueve? Yo estaba kilómetros a la redonda, razón por la cual también peligrosaba: no era que Izra no se moviese, sino que se había convertido en un barbero, un trabajador más de los que no tienen el menor deseo de vengarse del sistema. Pero yo añoraba al otro: al que vio en su niñez un mapamundi y sintió unas ganas conmovedoras de conquistarlo, o al menos destruir un par de banquetas, o tener un puñado de historias memorables a como diera lugar para no repetir lo que decía la gente: “Todo se coagula, todo se inercia, siempre nos bañamos en el mismo meadero”.

Ya iba perdiendo la fe en el tan esperado asalto, al sur de cualquier dirección, resignándome a que los aparatos dentales sólo reparasen ruedas en vez de perforar las encías de los niños, dejando que a Izra se le ablandara el pulso a la hora de pasar las navajas por las yugulares de los empleados, cuando mi valiente cobarde mencionaba, como para no minar mi entusiasmo, que ya era hora de salir. A la mera hora no era cierto.

—¿Para qué matarse si no es para experimentar placer? El placer despierta la mente y nos empuja a la virtud —decía Izra, y era el tipo de ideas que me hacían brincar como niña: alguna vanidad debíamos tener nosotros que no profesábamos un oficio admirable, alguna conmoción que irrigara nuestro pobre hemisferio craneal acostumbrado a los movimientos mecánicos. Correr. Izra hablaba de correr porque hacerlo aseguraba la impunidad de los actos más reprobables, y era el verbo de los bandoleros y en general de los héroes.

Pero la casa se había convertido ya en un estanque donde dos peces golpeaban el cristal lleno de fideos sucios. Izra un señor con barriga, y yo una de esas empleadas que comen y beben hasta morir, y que se somataba trabajando mientras perdía la voluntad.

—Me gustaría largarme.

—Pa luego es tarde —manoteaba Izra, recordándome que a mí me faltaba valor.

—Serás pendejo.

—No se arredre, mi negra, a la noche de pronto echaremos camino, ya lo verá. Mi amigo siempre habló de un recuadro en la duela de su negocio, de bajar al sótano y hurgar bien.

Acto seguido decía:

—¿Lista?

Yo estaba hasta aquí de su cuento. Incluso en alguna ocasión me había burlado de él como para picarle las costillas y hacerle sentir que ya no era un asunto de supervivencia —teníamos lo que nos merecíamos— sino una cuestión personal.

—¿Y por qué te vistes con eso? Van a creer que no te pongo en cintura —inquiría cuando se salía por un rato de sí.

—Podría embrocarme con el que primero se cruce.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no tengo ganas.

La víspera de Todos Santos, me despertaron sus ruidos. Sacó la caja de herramientas, la colocó en el *pick up*, tanteó las llantas. Parecía un forajido a punto de subirse no a una camioneta sino a un penco que lustra sus cascotes en el terraplén levantando polvo. Alguien dispuesto a comprobar por qué se ocupa un espíritu sin vaivenes. Un chero que sabe matar puercos y paisas sin ninguna aflicción.

—¿Qué es eso? ¿Adónde vamos?

—Adonдемismo por fin —dijo, y arreó la pistola en la cintura.

Salimos a mediodía, evadiendo las casetas por cobrar. Nuestro Ford tenía algunas abolladuras pero el radio bien sintonizaba el éter de las emisoras locales. Y a mí siempre me gustó el *country*. Izra hablaba de los contenedores, de un malecón en la carretera costera, pero alrededor de la carretera no hallamos más que vulcanizadoras, tendajones, moteles, camisas asoleándose en el tendedero del cielo —eran nubes pero yo imaginaba camisas—, tráileres por rebasar y, finalmente, un merendero con almínares que espejaba entre los treinta y ocho grados. O era eso: el amor, la perfecta salud física, la avidez por tanto placer ignorado, lo exageraban todo.



—Te dije.

Sí parecía una caja de fósforos en medio de la nada.

El merendero tenía una duela en deterioro, tres ventanas al frente desde donde se podía mirar el tráfico inter estatal, un ventilador de techo que hacía ruido y amenazaba con venirse encima, una TV y mesas con manteles de plástico. De una pared colgaba un calendario con los días casi borrosos y la litografía de un angustiante desierto blanco que me hizo desviar los ojos y cerrarlos de nuevo: me cegó la claridad contundente, casi inmóvil que provenía de los ventanales. Entonces apareció un hombre. Hizo sonar las borlas de carrizo del cortinaje. Alto y con expresión neutra, parecía puesto en escena para una toma cinematográfica, un recorte de libro que cobra dimensiones, más que un mozo. No proyectaba sombra.

—Venimos a buscar a mi amigo Mijail.

Izra prendió un cigarro con la pura ventolera ardiente, y agregó:

—Que cuando viniera a verlo, él me estaría cocinando ostiones.

—Aquí no preparamos ostiones.

—¿Cómo no van a tener ostiones si estamos bien cerca del mar?

El tipo frunció el ceño, rezongó de mala gana farfuleando que cuál mar.

—Éste —indicué con el dedo, señalando la sutura del mapa.

Yo tenía demasiada sed como para contradecir al hombre, quien limpió los manteles con un esmero muiño, sin inmutarse por las moscas que revoloteaban en su cara.

—¿Está Mijail o no? —volvió a preguntar Izra, en tono violento.

—Mijail murió hace tres meses.

—Pues entonces dígame que Izra finalmente vino.

—¿Disculpe?

—Que nos traigas cervezas.

Nos lanzó su mirada tiesa, su aliento a col. La palabra *muerto* quedó en el aire para que el resto de la historia revoloteara en torno a ella. El mozo siguió a su labor, muy grave y etéreo, sin entender. De la cocina llegó el tufo a comida rancia, que se mezcló con la brisa. Estábamos en lo correcto: seguro a un paso de la costa.

Vimos pasar, lejos pero firme en los recuadros de las ventanas, un tren. Era uno de esos ferrocarriles que sólo llevan cargamento chueco. La luz seca de la tarde me hizo pensar en las ambulancias desde las cuales uno puede mirar el tendido eléctrico de cualquier ciudad, lo cual debe de ser la misma imagen que envuelve las ensueñas posteriores a la muerte y previas a la próxima encarnación. El mesero no salía de la cocina y después de unos minutos de espera, supimos que se había desentendido de nosotros. Izra, abriéndose paso entre las mesas como un vaquero salvaje, abrió el cortinaje. Su música de carrizos me recordó a los burdeles de los pueblos.

—¿Dónde está? —bufó Izra. El grifo goteaba. Salimos al patio trasero. Había una puerta. Por fuera la casa parecía un simple ataúd, por dentro tenía un pasillo muy largo que no correspondía con el tamaño exterior. La puerta se abría y se cerraba, con los goznes chirriando. Los objetos de las habitaciones eran tan nítidos que no se movía ni un pelo, no había lugar para el viento. Llegamos hasta la cocina otra vez, para nuestra sorpresa ahí estaba el mozo, tan tranquilo. Tenía las cejas muy arqueadas, las pestañas grandes, con algo de indio o de árabe. Soltó una frase quedito, hebras que se deshilaron hasta perderse. Hablaba mientras seguía haciendo bife en la tabla de madera.

—Cálmese. No vamos a desenterrar a los muertos. Ya nos cuesta suficiente trabajo enterrarlos. ¿Van a querer siempre las cervezas, o es que ya se van?

Se movía de un lado a otro con la rapidez de un espejismo. Su continuo ir y venir parecía desgastarle los contornos.

—Chingada madre —volví a decir, contoneando mi trasero de señora.

La cocina era chica y estaba repleta de sartenes, platos y cosas apiladas en las vitrinas.

—Bueno, ya que venimos de tan lejos, mientras lo esperamos a Mijail, querríamos comer.

Volvimos a sentarnos alrededor de la mesa.

—¿Qué puedes prepararnos? —ordenó Izra.

Pero sólo oímos un siseo metálico, como si en vez de cortar la posta de carne, afilara el cuchillo.

—También tráenos unas cervezas. Y las llaves del sótano.

—¿Cuáles llaves, cuál sótano? —se oyó la voz ronca que parecía venir de una garganta atragantada en tierra.

—Chingada y puta madre —grité—. Papá, con que no sabes de lo que te estamos hablando. Pues el que está aquí —y taconeé la duela, que emitió un sonido hueco. Izra me apretó el culo, como si de verdad se sintiera orgulloso.

El cocinero salió, atravesando las borlas de carrizo. Luego pronunció:

—¿Me van a robar?

—Huilo de mierda.

Izra sacó la fusca.

—No vamos a arrearte.

Pero el mozo no se paniqueó y se fue a la cocina.

Era su manera de complicarnos las cosas. Nos vimos Izra y yo, desconcertados. Regresó con comida, tenedores y cervezas (que yo tomé como si fuera agua para curar riñones). El mesero se sentó con nosotros, como si fuéramos a seguir la conversa, aunque no dijimos nada. Los ventanales no tenían vidrios. El aire salitroso entraba a cintarazos, y también las moscas que parecían zumbar canciones frenéticas y obstinadas alrededor de nosotros, sin molestarnos en sacudirlas. El tren acababa de pasar como si hubiese atravesado el último mediodía del mundo y mañana un incendio irreversible amenazara con extinguir primero la costa y después el resto, incluidos nosotros que pensábamos seguir camino.

—¿Y qué hace allá? —preguntó el mozo.

—¿Allá dónde?

—El lugar de donde viene.

—Soy barbero, y ella recepcionista de un consultorio.

—Dientes —agregué.

De pronto ya conversábamos. Sobre experiencias dolorosas, relaciones destructivas, rencor y humillaciones, y eso era la evidencia de que la tragedia es el escenario ideal de lo que en el fondo Izra y yo pedíamos: heroísmo. El mozo se puso a relatar los orígenes de su álbum familiar, de por qué había llegado hasta el merendero, finalmente contó el modo en que había asesinado a Mijail: “Porque lo tenía todo y yo no. Una noche lo golpeé. Cada vez más y más fuerte. Lo desnudé y seguí golpeándolo: las nalgas, los muslos, las piernas, la espalda, el cuello, los hombros, con todas mis fuerzas, y todo se volvió rojo. El cuerpo, los cabellos, la ropa de mi amigo, el tapiz, mis manos, mis brazos. La sangre se mezcló con mi sudor y continué haciéndolo hasta que el hombre lanzó un grito final, inhumano, y yo caí, agotado, al pie de su cama”.

—Y ahora es dueño de este lugar, entiendo. ¿Cómo dijo que se llama usted? —inquirió Izra.

Pronunció su nombre, pero no alcanzamos a oír más que su voz desvaneciéndose en el aire caliente que respirábamos.

Sabían a mollejas crudas los jirones de carne cruda en el platón solitario, entonces dijo:

—Carne de Mijail están comiendo. Su cuerpo se despedaza mejor que el mío.

—No nos quieras escamar —dije.

—¿A ver si es cierto! —dijo Izra, comiendo más de aquel filete que goteaba sangre.

Su rostro, sin embargo, nos veía frío, perfectamente inmóvil, sobre un cuello firme, como la punta de una roca. Vaciamos las botellas de un trago y volvimos a dejarlas en la mesa. Izra tenía cara de culo, se notaba a leguas que quería devolver el estómago y se aguantó. Teníamos de pronto una aureola de moscas en la cabeza. En la puerta apareció un perro, atravesó lentamente hacia nosotros y se echó cerca.

—Ustedes son los que de plano no tienen llenadero —dijo el mozo que rió para enseñar el vacío de su boca sin dientes.

—La llave del sótano. Dónde está, antes de que te vomite en la cara.

—No se me agrie, le va a heder la boca.

El hombre se puso de pie. El polvo se arremolinaba alrededor de sus zapatos. Su alejarse más parecía un descender, pese a que la duela era plana. Fuimos detrás suyo. Lo vimos tomar un juego de llaves de una vitrina, agacharse —al hacerlo, rechinaron los huesos de su columna vertebral, los huesos de las rodillas, sus articulaciones—, tentar una línea que se dibujaba en el suelo, meter la llave, abrir. Bajó. Hicimos lo mismo guiados por la sombra que era su espalda —y al hacerlo, nuestros pasos hicieron rechinar la escalera podrida. Tan estábamos a oscuras, que Izra sintió desconfianza y jaló el gatillo. La bala ondeó ligera buscando algo sólido contra lo cual estrellarse, no supimos hacia qué dirección fue a parar, no a nosotros, quedó claro. El mozo siguió moviéndose entre aquel monte negro que era el sótano, y hasta tuve la impresión de que entre aquellos cacharros (un edredón, un violín, un cochinitillo, una jaula, ollas) se hallaba el cuerpo de Mijail, el amigo de mi marido. No era mi marido, pues en mi pueblo a este tipo de relaciones se les llama amasiato. Yo nunca había sido una chica ordinaria, y era lógico que terminara con un hombre como Izra, el asaltante sagaz que por malos cálculos había terminado en la cárcel, y fue en la cárcel donde perdió la mitad de su talento, y prueba de ello es que estábamos ahí, con afán loco de recuperarlo.

—Ésta es —dijo el mozo con la misma voz ahogada en abono.

Y ocurrió que estuvimos ahí, los tres mirándonos la noche en el rostro en vez de facciones. Izra tomó *El baúl*. A mí me ganó la urgencia. Tropezando di con la escalera y subí. Antes de que Izra pisara el último escalón, liberó todo el cartucho, y me ordenó que buscara cerillos. Sus ojos punzaban cuando iluminó el papel periódico. Los ojos fijos, irracionales de mi esposo que se

echó a reír, risas como pajarracos al estrellarse contra el cristal de la camioneta.

Subimos al *pick up*, nos despedimos del merendero que no amenazaba con arder pronto, pero en algún punto del reloj, lo haría. Pusimos *El baúl* a la altura de la caja de velocidades. Avanzamos buen trecho, la autopista se extendía caliente, ocre, y nos calcinaba los ojos, cuando Izra dijo que lo abriera.

—Ahora sí no vamos a morirnos nunca más de aburrimiento —dijo y sus palabras brotaban enervantes, demasiado lentas. La mirada perdida en el verano.

Pobre Izra, él creía que iba a encontrar alhajas, algún rollo de billetes que al menos nos permitiesen pasar una noche en un motel de carretera, bañarnos en una tina y pensar en lo que haríamos las semanas próximas. Yo sabía que no encontraríamos una fortuna, como él me lo hizo creer, que había dejado de ser mi avejentado concubino para volver a ser un maleante, es decir, un espíritu con vaivenes. Porque, después de todo, no importaba tanto el motín como estirar los brazos para alcanzarlo.

De súbito Izra lanzó un grito jubiloso y soltó el volante, dejando que nuestro Ford resbalara a su antojo.

—¿Ves?

Pero yo reía, porque la mata de cabello se le cayó en la frente dándole un aspecto del aventurero que nunca conocí sino por su mala fama. O porque, como rezó mi madre: Dios nos había criado, y el Diablo se había encargado de juntarnos, aunque fuera para cometer un pequeño delito: patos gordos llenos de ambiciones pero con las alas atrofiadas.

Izra había gritado eufórico porque apareció finalmente la planta eólica. Luego volvió en sí y preguntó por la fortuna.

Y mientras vimos pasar la gasolinera, las ruinas de un centro comercial en el cruce de las autopistas, una maquiladora, los gaseoductos y los contenedores, en el orden en que mi forajido los mencionó al inicio del viaje, fui abriendo cada vez más los ojos: qué hacía esa caja llamada *El baúl* en el merendero, nunca íbamos a saberlo.

—¿Hay billetes sí o no?

—No.

Izra soltó a maldecir, dio una vuelta a regresar, y aceleró a doscientos.

—Mejor no arriendemos...

—Este pendejo lo hizo adrede.

Habíamos avanzado poco. El merendero ardía en medio de un atardecer que anunciaba el fulgor de las primeras estrellas. Vimos la silueta de dos hombres que esperaban afuera, como aguardando a que alguien llegase por ellos, o quizá sólo mantenían una conversación y habían salido a recibir el fresco, a orear su fastidio. Izra paró. Eran Mijail y el mozo.

—¡Vaya! Hasta que te hallo —dijo Izra.

Pero ninguno nos oyó. Tampoco nos vieron. Eran dos cuerpos enajenados, ajenos a la fiebre del fuego que emergía de la tierra como un carnaval.

—Ahora resulta que no nos reconocen —Izra, confundido.

Pude sentir melancolía en su tono, como si hubiéramos viajado para ratificar alguna sospecha: que lo que había sucedido no tenía que ver únicamente con ellos, ni con el baúl, ni con nosotros, ni con el aire enrarecido de una ruta que nos había llevado al merendero, y al salir apenas de él, nos hizo desembocar en el mismo sitio. Un continuo suceder hacia atrás. Arrancó Izra el motor. El movimiento del incendio engulló las dos figuras bruñidas cuando les dimos la espalda.

—¿Nada de dinero? —preguntó en el camino, decepcionado.

—¿De qué te sorprendes? Si no te recompensa tampoco va a darte explicaciones.

—¿Qué hay entonces?

Saqué el contenido del baúl y me puse a ver, una a una, las tiras. Eran negativos. Y en tres hojas brillantes venían impresas fotografías pero muy pequeñitas. No pude distinguir bien al principio, pero después fui abriendo muy bien la boca.

Topamos con el señalético en verde al borde de la autopista. Las letras blancas indicaban lo que vimos en el mapa, porque bien se leía que estábamos cerca de PLAYA BAGDAD.

—¿Has visto volar interminablemente a una mariposa en el mismo rincón hasta que se muere de cansancio?

—Y más si están bajo la yesca, como nosotros.

Después me oí diciendo: “Esto ya lo viví”. Me miraba a través de una lente pulida hasta la transparencia. Nos veía a Izra y a mí en un recuerdo de cristal invisible, en el cual pasábamos por una carretera que años atrás ya habíamos cruzado. De pronto me pareció que detrás dejábamos un vacío del cual yo al menos no era capaz de evocar ni un solo rostro, ni una sola voz, ningún aroma, nada de todo aquello que me hiciera convenirme de que realmente estábamos vivos.

—¿No te mataron? —agregué en broma.

—Claro que no. ¿No ves que estoy contigo?

Y sin embargo nos quedamos mirando unos segundos, como si no nos creyésemos.

A qué mortificarse; además, a mí siempre me gustó el *country*, dije, entonces sintonicé de nuevo la FM. Nuestro Ford mantuvo un galope suave y bello de ver. Era un ritmo cardíaco, festivo, de excursionistas que vuelven a casa, un ritmo que sólo poseen los asaltantes y héroes cuando tienen apenas veinte años y son felices porque están por cumplir y, sin saberlo, todas las hazañas posibles. **U**